

Episodio: (Segunda charla) Amor y responsabilidad: una miniserie de podcast

Colaborador: Monseñor Fred Dolan

Página del podcast: <https://stjosemaria.org/podcasts/mini-series-love-and-responsibility>

Nos complace ofrecer una transcripción de este podcast para satisfacer las necesidades de todos nuestros suscriptores. Sin embargo, tenga en cuenta que esta transcripción es generada por inteligencia artificial y puede no ser totalmente precisa. Este contenido no puede publicarse ni reimprimirse sin el permiso de St. Josemaria Institute.

Así pues, como prometimos en la segunda clase, empezaremos por examinar lo que el Santo Padre llama amor de donación. Comienza diciendo que lo que hace que el amor conyugal sea diferente de todas las demás formas de amor, como la atracción, el deseo y la amistad, es que dos personas se entregan una a la otra y no sólo se sienten atraídas una por la otra. No se limitan a desear lo que es bueno para la otra. En el amor de novios, el amor conyugal, cada persona se entrega a la otra. Eso es poderoso. Cada persona se entrega por completo a la otra.

En el orden del amor, una persona puede elegir limitar su libertad y unir su voluntad a la del otro, a la persona amada. De hecho, a causa de su amor, una persona puede desear renunciar a su propio libre albedrío y atarlo a la otra persona. Y así, en el amor de donación, los hombres y las mujeres reconocen de manera profunda que su vida no les pertenece. Han entregado su voluntad a su amado. Sus propios planes, sueños y preferencias no se abandonan por completo, sino que ahora se ponen en una nueva perspectiva. Están subordinados al bien del cónyuge y de los hijos que puedan surgir de su matrimonio. Y así, la forma en que gastan el tiempo y el dinero, la forma en que organizan sus vidas, ya no son una cuestión de elección privada. El matrimonio, la familia, se convierten en los puntos de referencia primarios para todo lo que hacen. Y esta es la belleza del amor que se entrega a sí mismo. Es bastante desafiante, pero es espectacularmente hermoso.

Como solteros, tenemos una gran autonomía. Podemos, en gran parte, ordenar nuestra vida como queramos. Pero los hombres y las mujeres, impulsados por el amor, eligen libremente renunciar a su autonomía, limitar su libertad, comprometiéndose con el bien del cónyuge. De hecho, el amor es tan poderoso que los impulsa a querer entregar su voluntad al amado de esta manera profunda. De hecho, muchos matrimonios de hoy serían mucho más fuertes si tan solo entendiéramos y recordáramos el tipo de amor de entrega de sí mismo que originalmente aceptamos. Cuando hicimos nuestros votos, elegimos libre y amorosamente entregar nuestra voluntad a nuestro cónyuge. Y así, como dice Juan Pablo II, "la forma más completa, la más intransigente del amor consiste precisamente en la entrega de sí mismo, en hacer del propio 'yo' inalienable e intransferible la propiedad de otro". Ahora llegamos al mayor misterio del amor de entrega de sí mismo. En el corazón de este don de sí mismo está la convicción fundamental de que al entregar mi autonomía a mi amado, recibo mucho más a cambio. Al unirme a otro, mi propia vida no se ve disminuida, sino que se enriquece profundamente. Esto es lo que Juan Pablo II llama la ley de los éxtasis o la ley de la entrega de sí. El amante sale del éxtasis, sale de sí mismo para encontrar una existencia más plena en otro. Bien, puede que ésta sea la primera vez que hayas oído esto, lo que no sería sorprendente porque vivimos en una época de vigoroso individualismo. Esta

época nos lleva a hacer que este profundo punto de San Juan Pablo II sea tal vez difícil de entender. El problema es que nuestro mundo moderno no pone el énfasis en el amor que se da a sí mismo, sino en el amor que se obtiene a sí mismo, que se centra en lo que yo obtengo de la relación.

¿Por qué tengo que salir de mí mismo para encontrar la felicidad? ¿Por qué querría renunciar a mi autonomía y comprometerme con otra persona de una manera tan radical? ¿Por qué querría limitar mi libertad para hacer lo que quiera con mi vida? Pues bien, éstas son las preguntas que se hace la gente hoy en día. Podríamos decir que son preguntas muy inmaduras, la imagen misma o la visión de las cosas, porque la vida, la vida con mayúscula, no consiste en hacer lo que yo quiera. Se trata de cumplir con mis relaciones con Dios y con las personas que Dios ha puesto en mi vida. Encontramos plenitud en la vida viviendo bien nuestras relaciones, lo que significa que a menudo debemos hacer sacrificios, entregar sólo nuestra propia voluntad para servir al bien de los demás. Descubrimos una felicidad más profunda en la vida cuando nos entregamos de esta manera, porque estamos viviendo la manera en que Dios nos hizo vivir, que es la manera en que Dios mismo vive, es decir, en un amor total, entregado, comprometido. Y aquí viene esa frase clásica que amaba San Juan Pablo II: “el hombre se encuentra a sí mismo sólo haciéndose un don sincero a los demás”. Te fascinará saber que, en este punto de Amor y responsabilidad, San Juan Pablo II ofrece dos observaciones: una para las mujeres, otra para los hombres: que son diferentes. Una mujer es capaz de hacer un verdadero don de sí misma, sólo si cree plenamente en el valor de su persona. Y en el valor como persona del hombre al que se entrega. Bien, entonces Edwards Sri pregunta: ¿Cómo luchan algunas mujeres para reconocer que son intrínsecamente valiosas, que son un don valioso? Y les dice a las mujeres que leen este libro: “¿Cómo pueden profundizar su creencia en el valor de su propia persona?” Bien, entonces San Juan Pablo se dirige a los hombres. Dice: “Un hombre es capaz de aceptar plenamente el don de sí misma que una mujer hace sólo si es plenamente consciente de la magnitud del don, lo cual no puede ser a menos que afirme el valor de su persona. Y la comprensión del valor del don despierta la necesidad de mostrar gratitud y corresponder de maneras que estén a la altura de su valor”.

Me doy cuenta de que es mucho para asimilar. Bueno, todo lo que escribió San Juan Pablo II requiere una profunda reflexión. Pero aquí, lo que está diciendo es que los hombres casados deben meditar sobre la magnitud del don que es su esposa, para crecer en su apreciación del valor de su persona, lo que luego conducirá a mostrar gratitud y corresponder de maneras que estén a la altura del valor de ese don. Esta afirmación, que mencionamos antes, proviene en última instancia del filósofo Blaise Pascal, que fue clave en el Concilio Vaticano II. Es decir, el hombre es más plenamente humano cuando se entrega sinceramente a sí mismo. Esa afirmación es especialmente aplicable al matrimonio, donde el amor que se da a sí mismo entre dos personas humanas se ve más profundamente en el compromiso con otra persona y en el amor verdadero. Ciertamente, limito mi libertad para hacer lo que quiero, pero al mismo tiempo me abro a una libertad aún mayor, que es la libertad de amar. Hay una frase en la que debemos profundizar. Y así la explica San Juan Pablo II. El amor consiste en un compromiso que limita la libertad de uno mismo, es la entrega de uno mismo. Y entregarse a uno mismo significa justamente eso, limitar la libertad de uno mismo en beneficio de otro. La limitación de la libertad de uno mismo puede parecer algo negativo y desagradable, pero el amor la convierte en algo positivo, alegre y creativo. De hecho, la libertad existe por amor. Por lo tanto, mientras que el individualista moderno puede ver el amor y el matrimonio como algo negativo y restrictivo, los cristianos ven tales limitaciones como liberadoras. Lo que realmente quiero hacer en la vida es amar a mi Dios, a mi cónyuge, a mis hijos, a mi prójimo. Porque en estas relaciones, encuentro mi felicidad. Y si he de amar a mi cónyuge y a mis hijos, debo estar totalmente comprometido con ellos y libre de que mis deseos egoístas dicten mi vida y gobiernen mi hogar. Pero si estoy esclavizado a hacer siempre lo que me da la gana, no me será fácil ser generoso con mi cónyuge, o ser paciente con mis hijos, o hacer sacrificios por mi familia. Simplemente no será fácil para mí amarlos, porque habitualmente tengo tendencia a poner mis propias preferencias y deseos por encima de los de los demás.

Es hora de contar otra anécdota rápida que ilustra esto. Nunca olvidaré haber leído en una revista de antiguos alumnos sobre una pareja joven parada en medio de la sala de estar de su apartamento, luciendo muy correcta, muy próspera, ambos con trabajos importantes. El entrevistador se vuelve entonces hacia la mujer y le pregunta: “¿Y qué pasa con los niños?”. Y la esposa, la mujer, dice: “Oh, eso nunca podría ser. No puedo imaginarme preparar un almuerzo y un compromiso y luego tener que romperlo porque uno de mis hijos se enfermaría”. Así que, en esencia, ella prefiere un sándwich de mortadela a tener hijos, lo cual es bastante triste. Así que lo que estamos diciendo aquí, lo que está diciendo el Santo Padre es que la clave para la comunión personal en la vida matrimonial es el amor mutuo y la entrega, y el sentido de responsabilidad que lo acompaña como un don mutuo. De hecho, este tema de la responsabilidad es tan importante que lo puso en el título de su libro, llamándolo no simplemente amor sino amor y responsabilidad. Puesto que mi amada me confía completamente su vida de esta manera única, yo debo a mi vez tener un profundo sentido de responsabilidad por ella, por su bienestar, su felicidad, su seguridad emocional, por su santidad. Como explica el Santo Padre, “existe en el amor una responsabilidad particular, la responsabilidad por una persona que ha sido atraída a la más estrecha asociación posible en la vida y la actividad de otra y se convierte, en cierto sentido, en propiedad de quien se beneficia de este don de sí”. Pues bien, aquí San Juan Pablo II ofrece un criterio para el amor que es contracultural. Escribe: “Cuanto mayor es el sentimiento de responsabilidad por la persona, más verdadero es el amor”. Nótese que no dijo que cuanto más poderosas sean las emociones, más poderoso es el amor. Porque el amor auténtico no es tan egocéntrico ni introspectivo, sino que más bien el amor verdadero mira hacia afuera con asombro a mi amada que se ha confiado a mí. Amar implica un profundo sentido de responsabilidad por su bien, especialmente a la luz del hecho de que ella se ha comprometido conmigo de esta manera.

En este punto, guiados por Edward Sri, nos dirigimos a considerar la clave de la intimidad en el matrimonio. Nos lleva de nuevo a Adán y Eva. Adán aceptó a su esposa como un regalo inmenso que atesoraría y cuidaría. Tenía un profundo sentido de responsabilidad por ella. Siempre buscó lo mejor para ella, no sólo sus propios intereses. Nunca hizo nada que pudiera hacerle daño. Es como si Adán sostuviera con cuidado su corazón, la palma de sus manos, sintiendo todo el peso del regalo, confiado a su cuidado. Ponte en su lugar, imagina cómo se habrá sentido ella al ser totalmente aceptada de esta manera. De hecho, tener un marido que la recibiera con alegría como un regalo y la amara por lo que era en sí misma fue un gran regalo para ella. Por ahora, su anhelo de comunión personal podía verse satisfecho. La aceptación total de Eva por parte de Adán le proporciona a ella la seguridad que necesita para sentirse lo suficientemente segura como para confiarle su corazón, de hecho, toda su vida por completo, sin ningún temor a ser defraudada. En otras palabras, su amor comprometido y su aceptación de ella fomentan en ella la confianza que hace posible la intimidad emocional. Bueno, ésta es la clave de la comunión personal y del matrimonio. Puesto que Eva tenía plena confianza en el amor de Adán por ella, nunca tuvo miedo de ser utilizada por él, de ser incomprendida por él o de ser herida por él. Por lo tanto, en este contexto de amor comprometido y responsabilidad, se sintió libre de entregarse completamente a su esposo, emocional, espiritual y físicamente, sin reservarse nada.

Así que claramente éste es el tipo de dinámica que queremos para nuestro matrimonio, una de confianza total que haga posible la intimidad personal. Pero mi amada llegará a confiar en mí y, por lo tanto, me revelará su corazón sólo en la medida en que sienta que estoy comprometido con ella, que la acepto totalmente y que siento una gran responsabilidad por lo que es mejor para ella. Pero esto obviamente no es algo fácil de hacer, de lograr. A diferencia de Adán y Eva en el jardín, nosotros somos caídos, somos egoístas. A menudo hacemos cosas para herirnos mutuamente, lo que puede quebrantar la confianza y, por lo tanto, obstaculizar la intimidad. Por ejemplo, cuando un hombre está más preocupado por lo que tiene que hacer en el trabajo que por las necesidades de su esposa, le está enviando el mensaje de que ella no es una prioridad, que todo lo demás es más importante. Bueno, esto, por supuesto, no ayuda a generar confianza y solo hace que ella se sienta más distante de su esposo. De manera similar, una esposa que regaña constantemente a su esposo, que lo critica por sus debilidades, por no hacer las cosas en la casa, por no tener un mejor trabajo, puede hacer que se sienta irrespetado o poco apreciado. Ese tipo de quejas probablemente solo lo alejarán más emocionalmente de ella.

¿Qué sucede cuando experimentamos de primera mano las debilidades de nuestro amado y nos sentimos heridos por algo que él o ella ha hecho? Cuando nos sentimos heridos, nos sentimos tentados a frustrarnos con nuestro amado y decírnos a nosotros mismos: "¿Por qué siempre hace esto? Nunca va a cambiar". Podríamos ponernos a la defensiva, "no es mi culpa. ¿Por qué ella no entiende?" Podemos levantar muros: "Ya no le voy a decir lo que realmente siento. De todas formas, no le importa". Incluso podemos empezar a retirar nuestro amor: "Si me hubiera casado con otra persona, sé que no me tratarían así". Debemos amar a la persona con todas sus virtudes y defectos, ahora, hasta cierto punto, independientemente de esas virtudes y a pesar de esos defectos. Con esto terminamos esta clase. Retomaremos el tema en la próxima clase.